

CAPÍTULO 12

CRÍTICA ÉTICA DEL CAPITAL

12.1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Llegamos así al tema central de esta teología ética. Sin embargo, la cuestión la trataremos todavía en un nivel abstracto, en general. Se trata del «pecado» estructural o institucional *en general*, es decir, en un nivel esencial. Después veremos desplegarse los niveles más concretos de dicho pecado. Es el «mecanismo social del pecado» -como indicaba Juan Pablo II en México en 1979-, pero en su máxima generalidad -en su *realidad* fundamental-.

Leemos en el periódico del día que algunas compañías han realizado inversiones, que tal persona posee tanto capital, que existe en el «sistema capitalista» una crisis, que el valor de las mercancías ha descendido en el mercado. ¿Qué sentido teológico tiene todo esto?

Leemos en la Sagrada Escritura:

«Vamos ahora con los ricos: llorad a gritos por las desgracias que se os vienen encima. Vuestra riqueza se ha podrido, vuestros trajes se han apolillado, vuestro oro y vuestra plata se han oxidado, vuestra roña será testigo en contra de vosotros y os comerá vuestras carnes como fuego; atesorasteis para los últimos días. Mirad, *el salario de los braceros* que segaron vuestros campos, *defraudados por vosotros*, está clamando, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Con lujo vivisteis en la tierra y os disteis la gran vida, cebando vuestros apetitos para el día de la matanza. Condenasteis y asesinasteis al inocente: ¿no se os va a enfrentar Dios?» (Sant 5,1-6).

Las palabras de Santiago nos servirán como horizonte teórico-teológico de una situación clara de injusticia que hoy clama al cielo más aún que en los tiempos del apóstol.

12.2. EL «POBRE» HOY

El <<pobre>> del que ahora hablamos es el pobre en la mayoría de las naciones del mundo, sobre todo del mundo periférico. Pero, todavía en general, esencialmente, en su sentido más profundo.

<<Pobre>> (*pauper*), como anterioridad, como exterioridad, es el que procede de una comunidad disuelta. Como un zapoteco de Oaxaca que debe venir al Distrito Federal en México a pedir trabajo. El mismo sistema dominante ha destruido su modo de vida anterior; lo ha expulsado de donde estaba seguro, con riqueza honesta, con su familia, parientes, nación, historia, cultura, religión. *Pauper ante festurn* (el miserable antes de la fiesta idolátrica que ha de englutirlo antropofágicamente).

«Pobre», todavía negativamente, como el que, enfrentando en el cara a cara (1.3) al que tiene dinero, no se ha vendido aún. Pobre porque tiene su propia corporalidad para vender (6.4) su piel, su «pellejo» en su desnudez absoluta, en su pobreza radical: sin comida, sin vestido, sin casa, sin salud, sin protección, miserable limosnero. Si de *oikía* (casa) viene *ecornornía* (la ley de la casa: *oikós-nórnos*), es nada, no-ser, lo sin valor para el economista dominante.

<<Pobre>>, ahora positivamente, es la carnalidad misma del miserable que pide trabajo al que tiene dinero, al capitalista (en abstracto: al capital), siendo él mismo un sujeto, el sujeto creador de la riqueza, de todo valor posible. Ese pobre ahí, «*ecce horno!*», suplicante por trabajo, por salario, que en su hambre es Cristo mismo, es, sin embargo, el origen fundamental de todo el sistema actual dominante. En la exterioridad del «tirado y robado junto al camino») del samaritano, no hay ningún samaritano que lo auxilie.

12.3. EL PECADO COMO <<RELACIÓN SOCIAL>> DE DOMINACIÓN

Hemos mostrado que la praxis es una relación (1.2), que la praxis de dominación o el pecado es una «relación social» (2.5), que es la ruptura de una «relación comunitaria» (1.5, 4.6 y 12.2). Cuando esa relación se institucionaliza (2.5-2.6) se hace real e histórica. Deseamos hablar en este párrafo del pecado institucional fundamental de nuestra época, en su nivel abstracto, muy general, en su esencia última.

«Cara a cara», persona a persona (1.3), está el «pobre» y el que tiene dinero para pagar su trabajo (el «rico», como categoría bíblica). Cara a cara enfrentados uno al otro, pero no como Moisés ante Dios o el samaritano ante el pobre, en infinito respeto por la exterioridad del otro (5.2). Uno es el miserable que suplica para comer, vestirse, tener casa, salud... El otro es el que tiene dinero (¿de dónde, gracias a qué medios...?) y que desea aumentar su dinero gracias al pobre. El dinero (*D*) (véase esquema en 15.2) debe aumentar (*D'*), y toma al otro como mediación de su aumento: lo instrumentaliza, cosifica, aliena (2.2). El príncipe de este mundo comienza su praxis (2.10).

El que tiene dinero propone al pobre, al miserable, al coaccionado *violentamente* (violencia de la injusticia que destruyó su comunidad de origen) (16.7) un contrato, un intercambio (11.4). Es así una «relación» entre dos: Yo te doy dinero (*D*) y tú me das tu trabajo, que, comprado como mercancía, ahora es propiedad del que tenía dinero. El que tenía trabajo lo cambia por dinero, es decir, recibe un salario (*S*) (11.9). Pero en este intercambio, en esta relación hay una sutil «desigualdad» que es invisible para el que tiene dinero y el que ofrece su trabajo.

Esta es una «relación *social*» (8.2); es una relación de dominación, de injusticia; es un pecado invisible, inadvertido. y esto porque el que tiene dinero usa la «fuente creadora de valor» (11.9 y 12.2), pero sólo paga su «capacidad de trabajo» (11.9). Es como si comprara el uso de una máquina o un auto pagando sólo el «servicio» (arreglos, piezas de recambio, elec-

tricidad o gasolina, etc.), pero no hubiera pagado o comprado la máquina o el auto mismo. Recibo gratis al «sujeto creador» y pago lo necesario para que «no muera» -para que «pueda seguir trabajando»-. Es evidente que un sujeto como el hombre, creador a imagen de Dios, inventor por naturaleza, en un cierto tiempo producirá tanto valor como sus necesidades (o como valor tiene el dinero del salario, *11.8*), pero puede seguir produciendo más allá de ese límite. En ese caso el valor del producto (*11.5*) producido por el trabajador tiene *más valor, más vida*, más realidad que el valor del salario recibido. Es decir, el trabajador da más vida de la que recibe. Es una injusticia, es una «relación *social*» de dominación (*3.2*), es un pecado.

12.4. ¿QUÉ ES LA CAPITAL?

Hay todo un mundo de significaciones de esta palabra «capital», que viene de «cabeza» (y en relación al ganado, tenía mucho capital quien tenía muchas *cabezas* de ganado: *capite*). Muchos entienden por capital el dinero, otros los bienes, etc. Veamos la cuestión.

En la doctrina social de la Iglesia, capital es un «hecho» (RN 14): «Ni el capital puede subsistir sin el trabajo, ni el trabajo sin el capital». En general es considerado como «riqueza». De una manera más precisa (LE 12): «El capital, siendo el conjunto de los medios de producción, es sólo un instrumento o la causa instrumental». Desde la *Rerum novarum* (1891) a la *Laborem exercens* (1981) ha habido un largo camino. Ahora se enseña que todo el capital es fruto del trabajo: «Todos los medios de producción, desde los más primitivos hasta los ultramodernos, han sido elaborados gradualmente por el hombre... es fruto del trabajo» (LE 12).

Por ello, y siguiendo el camino emprendido, pudiera pensarse que «capital» no es sólo dinero o mercancías, sino que es también medios de producción, pero (y esto es olvidado a veces) el mismo trabajo comprado cuando es usado (durante ocho horas diarias, por ejemplo), asumido o subsumido en el seno del capital, se constituye como el momento creador de

valor en el capital. El producto también es valor (antes de ser mercancía), y por ello también capital.

El capital, entonces, si tenemos en cuenta el concepto de movimiento (*kfnesis*) de Aristóteles, podría ser comprendido como el sujeto del valor en movimiento creciente, que *va pasando* por sus determinaciones: del dinero el valor pasa al trabajo (salario) y al medio de producción; los que enfrentados objetivan valor en el producto: valor-producto que puesto en el mercado es mercancía; que vendida es de nuevo dinero (*D*), pero, en realidad, más dinero (*D'*) porque hay ganancia. Todo ese proceso circular, mejor: espiral creciente, como un gran remolino viviente, es el capital; aumento de valor, valorización.

12.5. EL «POBRE» COMO «ASALARIADO»

Es un sentido bíblico, «pobre» es el dominado, el asesinado por el pecado (2.7-2.8); económicamente, «pobre» es el miserable, el tirado en el camino, el fuera del sistema, en la exterioridad. Bíblicamente, «pobre» es el explotado, el Job cuyo sufrimiento es producto de la praxis de dominación, satánica, del pecador .

De su *comunidad* originaria (8.3), de su seguridad anterior, el pobre fue lanzado al mercado del trabajo (8.2). En el «mundo de las mercancías» (LE 7: «el trabajo se entendía y se trataba como una especie de mercancía»), el pobre, en su desnudez absoluta y pobreza radical, vende su «pellejo» como cosa (se ha perdido «la primacía del hombre respecto de las cosas», LE 12).

Ahora es un «individuo» aislado, solitario, sin comunidad, en la *sociedad* dominadora (3.2), donde su «sociabilidad» la alcanza sólo en cuanto trabaja *en el taller y en el mercado* se vende y se compra. Tanto en el taller como en el mercado es el aislacionismo individual.

Vendido su trabajo, el trabajador no es más él mismo, ahora es de otro: otrificado, alienado, objeto de pecado, explotado, y de manera institucional (2.5) por la división social del trabajo, por cuanto deberá hacerlo cada día bajo pena de

morir de hambre. El capital, como gran dios (2.3 y 12.10), llena todos los rincones e impide la reproducción de la vida del trabajador sin su participación: así no hay «trabajo sin el capital» (RN 14). El «trabajo asalariado», como la necesaria «relación *social*» alienada, que exige al trabajador venderse por un salario que la paga *menos* vida que la que él objetiva en el producto del poseedor del dinero, es el nombre actual del pecado institucional de nuestra época, de varios siglos de la humanidad presente. Estrictamente, es el «pecado originario» que sufre el trabajar (2.5), que el pecador («rico» en el sentido bíblico) ejerce sobre el pobre.

12.6 LA MÁS-VIDA ACUMULADA

Se trata de un silogismo tradicional: el trabajador objetiva su vida en el producto (11.3, Eclo 34,21); el salario por ser dinero contiene valor, es decir, vida (11.9 y 11.8); pero el valor o la vida objetivada en el producto (11.3) es mayor a la que recibe en el salario; de lo contrario, ¿de dónde sale la ganancia, de D en D' (12.3)?

Algunos piensan que la ganancia procede de que el que vende un producto como mercancía logra en ese intercambio algo más de valor. En dicho caso, primero habría robado al comprador (injusticia comercial). Pero, en realidad, al comprar los productos para producir los suyos (y el mismo trabajador como vendedor de su trabajo igualmente podría venderlo por sobre el valor de su «capacidad de trabajo») sería por su parte robado, y al fin todo se igualaría.

El secreto del gran ídolo del capital se encuentra en que la ganancia lograda en el intercambio, en la circulación, se funda en la «más-vida» que logra en el proceso productivo, al pagar *menos* salario (x vida) que el valor producido por el trabajador en el producto (z vida: 11.3). De ahí que proteste Santiago por anticipado: «El *salario* de los braceros defraudados... está clamando... a los oídos del Señor de los ejércitos» (5,6). Es una «relación *social*» desigual, injusta, pecaminosa, y por ello «su riqueza se ha podrido...» (5,2).

Como el «capital ha nacido del trabajo y lleva consigo las señales del trabajo humano» (LE 12), todo él está constituido por vida acumulada del trabajador. El trabajador ha sido previamente desposeído del fruto de su trabajo (11.6), y día tras día, por efecto del pecado estructural de nuestra época, va siendo despojado de «más-vida» (10 que resta de sustraer del valor del producto su propio salario) que realiza al capital: «ni el capital puede subsistir sin el trabajo» (RN 14).

12.7. LA «INSTITUCIÓN» DEL PECADO INVISIBLE

Si el capital, en su sentido más global, ampliado y quizá estricto, es una «relación social» de dominación, una cierta relación de intercambio desigual entre personas, una relación *práctica* (1.3) o *moral* (3.6), con respecto al trabajo o a sus productos, *productiva* entonces (1.2 y 8.4), intercambio económico en su sentido antropológico y teológico (11.4, 1.6 y 6.10), y como esta relación es estable, histórica, se trata de una «institución social» muy particular (2.5).

El príncipe de *este mundo* (2.10) puede usar sus mecanismos en la invisibilidad: nadie cree ni en su existencia ni en sus maquinaciones. Por ello actúa impunemente: nadie cree ya en él. El «buen» burgués (3.7, 3.8 y 3.9) y aun el «buen» obrero, virtuoso trabajador puntual y «responsable» (6.6: a veces el dominado introyecta la moral dominante, 8.6), son *buenos* para la moral vigente (3.7). La «relación *social*» de dominación, que es la injusta esencia del capital, es aceptada por el propietario del capital y del trabajo como lo «natural» (3.9), y con plena «conciencia moral» (3.8) tranquila se mata al prójimo.

Esta es la sutileza, invisibilidad, presencia-ausente del «pecado institucional»: condiciona la existencia de todos (2.5), nos determina (relativamente: no se nos acuse de simplismos o determinismos que impedirían la «conversión»: 4.3) como uno de los términos de la «relación práctica» (1.2), «social» (8.2). En este sentido, y también como riqueza o medio de producción (como para la doctrina social), como acumulación de más vida extraída injustamente al trabajador, es como el capital resulta

una «institución» social, histórica, de injusticia, y por ello praxis de dominación.

Siempre el pecado estructural de una época fue invisible para la moral vigente (3.6); no es una excepción la moral burguesa. Pero la tarea de la ética, de la profecía, es volverlo visible, como en el caso de Bartolomé de las Casas: «Todos...han pecado y es gravísima injusticia».

12.8. LA PERSONA DEL TRABAJADOR COMO «NADA»

El capital tiene la pretensión, como un verdadero dios, de producir ganancia «desde la nada» (*ex nihilo*). Su carácter idólatrico (12.10), fetichista, ignora el origen de todo el valor que contiene, que ha acumulado. Cree que es él mismo el que lo ha producido. La persona del trabajador es nada en dicho proceso.

Sólo Dios crea todo el universo «desde la nada», desde su libertad infinita e incondicionada. El capital pretende igualmente que crea la ganancia desde su propio seno. Para ello es necesario previamente reducir al trabajador a la nada. En efecto, para el capital un trabajador que no trabaja (que no es sujeto de «trabajo productivo» o que da más-vida, 12.6) no cuenta; ni es <<clase social>> (8.4), no es un explotado, y por ello no ha podido ser subsumido por el capital (12.4). Está en la exterioridad, en el no-ser .

Además, para el capital, todo asalariado es «virtualmente un pobre (*virtualiter pauper*)». Es decir, antes de ser comprado no es nada; cuando es «usado» es un momento alienado del capital (en una relación social de pecado). Pero cuando no se lo necesita más (p.ej., cuando gracias a la tecnología aumenta la productividad y baja el número de asalariados) se lo «echa a la calle», se lo deja sin trabajo. Se torna desempleado, miserable, limosnero (aun con los bonos o cupones del «welfare» o seguro de trabajo en los países desarrollados; en los países periféricos simplemente mueren de hambre en alguna «favela», barrio miseria, etc.).

Como <<relación social>> de dominación, como pecado, el ca-

pital no tiene ni puede tener ninguna conmiseración, consideración de la dignidad de la persona, ni recurrir a alguna medida ética (no oye la voz del otro, 4.2); «tiene endurecido su corazón».

12.9. CIRCULACIÓN DE SANGRE

El capital, en última instancia, es valor (11.5), pero ahora en sentido estrictamente capitalista. Valor es el carácter de un producto hecho por el trabajo humano (productualidad), que es útil (el valor de uso es el soporte material) para ser vendido como mercancía (la intercambiabilidad o vendibilidad es esencial al valor.)

En último término, entonces, el capital es «valor» *que pasa* o circula por sus determinaciones: dinero, trabajo asalariado, medio de producción... (12.4), y que se acrecienta gracias a la «más-vida» que extrae del trabajador (12.6). Ese valor es como la «sangre» para la Biblia: «Quien no paga el justo salario derrama sangre» (Eclo 34,22).

La «sangre» es el lugar de la «vida» (2.8); sin sangre muere el viviente; el trabajador objetiva su vida en el producto, en el valor del producto (11.3). Luego la *muerte* del trabajador -ya que la vida objetivada no volvió al productor: en vez de ser un «círculo de vida» (11.2) se transforma en un «círculo de muerte» (2.8)- es la *vida* del capital. En efecto, la vida del capital, como la «circulación de la sangre», es una continua circulación del valor, que se transforma de dinero en salario o medio de producción, en producto, en mercancía..., en *más* dinero: ¡Oh bendita ganancia..., lograda en el altar en el que se asesina «al inocente»! (Sant 5,6): «... es sacrificar un hijo en presencia de su padre, quitar a los pobres para ofrecer sacrificio» (Eclo 34,20)... al ídolo del capital.

El valor circula así vitalmente por las determinaciones del capital *industrial* para llegar a la *ganancia*, por las venas del capital comercial para lograr *ganancia-comercial*, para después llegar al capital *financiero* que con sólo dinero consigue *interés*. El interés es el pecado de usura transfigurada en virtud en la

moral burguesa, condenada, sin embargo, por los Padres, por la Iglesia, por la justicia (5.2-15.3). Pero todo ese valor es sólo y únicamente *vida* del trabajador desposeído de su propiedad.

12.10. LA IDOLATRÍA CONSUMADA

Nuestra reflexión es teológica; por ello el mal es visto e interpretado *sub peccati* lumine (bajo, la luz de pecado). Siendo el capital una relación social de dominación en su origen y esencia, la consumación plena de su moralidad (3.8), de su justificación, es olvidar, negar el otro término de la relación. El «absolutizarse», «totalizarse», pretenderse único, solo, desde sí, sin deber nada a nadie, es el carácter idolátrico del capital (2.3).

El pecado de Adán, el del Génesis, consistió en querer ser como Dios. El capital, igualmente, niega su origen (el trabajo del trabajador) y pretende que su acrecentamiento, su crecimiento, su ganancia sale desde sí (y no por extracción de «más vida» del trabajador). De esta manera nada debe a nadie y todo el valor producido es propio. Ha negado al trabajador como la «fuente creadora de valor», se ha absolutizado a sí mismo: «el trabajo se ha separado del capital y contrapuesto al capital... casi como dos fuerzas anónimas» (LE 13). Gracias a esta «separación» se ha fetichizado al capital y alienado al trabajo.

En efecto, «separar» el capital del trabajo, como algo consistente en sí que merece ganancia, y el trabajo, Como algo consistente en sí que merece salario, es olvidar que «*todo el capital* es trabajo objetivado» y, por lo tanto, *sólo trabajo*. No hay dos términos, sino uno sólo: el trabajo, Como objetivado (capital) o como vivo (el del sujeto personal que trabaja ahora y aquí).

Una vez absolutizado, idolatrizado o fetichizado el capital, se le inmola el mismo trabajador, ya que se le extrae vida (al no pagársele en el salario toda la vida que objetiva en el valor del producto) y es ofrecida al dios: Mammón o Moloch, a quienes se les inmolaban hombres vivos -lo que, en realidad,

permite la sobre-vida de la clase dominante: «Malditos vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo» (Lc 6,24).

Conclusiones

La teología o ética de la liberación interpreta la realidad *sub pauperum lumine* (desde el pobre). Estas conclusiones pueden parecer muy duras, muy unilaterales, muy apocalípticas. Creemos que son conclusiones éticas, evangélicas, realistas. Jesús, como teólogo hebreo que era -aunque algunos lo nieguen-, sacaba las conclusiones de sus premisas y no retrocedía ante dichas conclusiones, aunque en ello le fuera la vida. No sin causa «este hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser rechazado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado...» (Mc 8,31). Nuestra ética no puede ser una moral reformista (3.6 y 3.2). No quiere decir que pueda ser practicable en este nivel de abstracción (abstracto o esencial no es irreal, pero no puede ser practicado sin mediaciones más concretas). Todas las tácticas son posibles dentro de las exigencias éticas, pero no pueden conculcarse los principios éticos (5.3, 5.6-5.7 y 5.9) por tácticas moralizantes, contemporalizantes ante el sistema vigente. Es necesario distinguir entre las exigencias tácticas del ejercicio de la profecía o crítica ética y la traición reformista del que en nombre del Reino acepta los supuestos del sistema de dominación.

Debemos repasar, preguntándonos:

¿Quién es hoy el «pobre»?

¿Puede ser el capital, como <<relación *social*>>, un pecado estructural? Explica qué sentido tiene esto.

¿En qué podría consistir la injusticia del sistema de «salario» en el capitalismo?

Explica en qué consiste la «circulación» del capital.

¿Qué lleva al capital a idolatrarse?

¿Cómo la «más-vida» del trabajador es ofrenda y holocausto?